



En el Arco de San Lorenzo

Texto: Bernardo Ruiz López

Yo soy como soy y no puedo evitar, lo que siempre me consume, por dentro o por fuera. El caso es que, cuando voy en grupo, con suma facilidad me pierdo y a la vuelta de cualquier esquina, siempre quedo solo y desamparado. Al menos, la sensación de desamparo, me acerca al ahogo y en tanto el grupo con el que voy desaparece, me encuentro con extraños a los que no reconozco ni me reconocen. Y peor aún, son más las veces en las que la soledad me rodea y me atemoriza.

Ya me ocurrió en Venecia. Estuve todo un día perdido y hasta la tarde, muy tarde, no logré encontrar a mi grupo y fue por casualidad, al escuchar el vocerío en castellano y catalán, en un restaurante de espagueti y poco más.

En las noches fantasmales de nuestra genial guía turística Eva de Dios, rebujado en mi abrigo y con las solapas subidas hasta las orejas, los oyentes seguidores de Eva se alejan y se alejan y, allí quedo yo, como de piedra, desorientado. Miro a un lado, miro a otro y, la soledad es absoluta; se positivamente que estoy en Jaén, en mi Jaén, pero el terror me sobrecoge y sigo sin poder moverme, aterido de frío, me siento en uno de los escalones que, por el interior del arco, le da entrada a la regia sala donde Fernando IV el Emplazado pagó su culpa y feneció, por el execrable crimen cometido a los hermanos Carvajales, lanzándolos desde la Peña de Martos en una cruel jaula, hasta que se estrellaron en el lugar llamado la Cruz del Lloro...

Alguien me empuja, una sombra. Me levanto amedrentado y cabizbajo, levanto la vista, una visión inmensa, desgarrada, inconexa, me agarra de las solapas y yo suplico.

--Majestad, por favor... Yo

solo soy un fiel súbdito, que ha venido hasta aquí, guiado por Eva de Dios y ella sin percibirlo, ha seguido con su cháchara, llevándose consigo a todos sus seguidores y yo, sin creerme nada de lo que dice, he quedado desamparado y más solo, que la una de la mañana, que ya estará a punto de tocarse en la Merced.

--¿Y por qué me llamas Majestad?

--¿Acaso no sois, Fernando IV el Emplazado?

--Lo de emplazado, puedo serlo, porque voy de plaza en plaza y de portal en portal, donde poder cobijarme, para pasar la noche.

--Pero Majestad, ¿Acaso no feneciste en esta rica sala del Arco de San Lorenzo? ¿Quién ha osado expulsaros?

--Ni yo fenecí, ni yo me morí. Yo solo quiero que me des un duro, para mañana poder tomarme un buen chocolate con churros en la calle Espartería.

--Entonces, ¿no sois Fernando IV el Emplazado?

--Pero, ¿a ti qué te pasa?

Yo soy Pepe el Largo, ¿acaso no me conoces? Por lo visto, hoy en día, todo el mundo conoce a Piturda y se ha olvidado de los verdaderos y bien conocidos vagabundos jiennenses.

La broma me costó un duro, pero reaccioné, cogí carrerilla, y al fin, conseguí alcanzar al grupo turístico que, en ese momento, escuchaba con la boca abierta, a la inigualable Eva de Dios. ¿Sabéis de lo que hablaban?, o mejor, ¿Sabéis lo que en esos momentos explicaba Eva? Hablaba y refería con todo detalle, la historia del fantasma del Castillo de Santa Catalina y, todos miraban extasiados a las alturas del castillo iluminado.

Eva estaba convencida, de que yo, era el que mejor conocía la historia del fantasma del Castillo de Santa Catalina. Por ese motivo y ante el temor de verme compro-



metido en la narración de esa nueva historia, volví a rezagarme, pero esta vez, con el cuidado de no quedarme totalmente solo.

Y así iba, entre un grupo de rezagados. Recibo un codazo y miro. Mi asombro no tiene límite, un personaje muy mío, me habla y me acusa.

--Tú tienes la culpa, de que esta historia del fantasma se divulgue más y más.

--Pero Raimundo, tú, ¿qué haces aquí? ¿Acaso no eres un personaje ficticio, fruto de mi imaginación?

--Tú lo sabrás mejor que yo. ¿No fuiste tú el que me creaste?

--Sí, ¡claro que sí! ¡Por eso mismo me extraña! Y no sé si me estoy volviendo loco.

--Loco o no, tu eres el culpable de jugar con la ficción y con la realidad, como si ambas cosas pudieran con-

vivir en la misma órbita.

--Bien, tengo que reconocer que tú eres Raimundo, el protagonista de la historia que está contando Eva de Dios. Tú y yo sabemos, que el fantasma es tu madre y a ella, no le importa mostrarse ante las personas buenas, que frecuentan el Parador. El fantasma es bondadoso a más no poder y ameniza con su voz, el ambiente del Castillo. Sabes que ella no se marcha hacia otra dimensión, porque está convencida de que se encuentra, en el pequeño paraíso interior de nuestro muy querido Jaén. A ti, no debería importarte relatar vuestra historia.

--Pero, ¿En qué quedamos? ¿Soy ficción o no soy ficción?

--Sí, eres ficción, producto de mi dislocada cabeza. Pero yo te doy permiso, para que cuentes la historia que

yo me inventé.

--Sabes que por mi parte no es ético. El que quiera saber la historia, tiene tres opciones: escuchar las hermosas disertaciones de Eva de Dios, leer la novela, de la que me hiciste protagonista o, declararte abiertamente culpable, confesando tus muchos embrollos.

Y en ese momento Eva de Dios, vuelve sobre sus pasos. Me descubre y, dirigiéndose a su público, muy satisfecha por aclarar lo que para ella no ha quedado suficientemente demostrado, sigue con su perorata.

--He aquí al autor de la historia y, el único que puede demostrar la existencia del fantasma del Castillo de Santa Catalina.

Y sin más, huyo. Huyo como perro apaleado. ¡Menuda noche esotérica la que me espera!